

# NUEVAS PUNTUALIZACIONES METAPSICOLÓGICAS

## SOBRE EL AFECTO

Gustavo Chiozza.

### PRIMERA PARTE:

#### EL AFECTO COMO SÍMBOLO DE LA ACCIÓN <sup>1</sup>

El psicoanálisis, apoyándose en la biología, considera a los afectos como procesos de descarga motriz vegetativa (secretoria y/o vasomotriz) que provocan una alteración del propio cuerpo, a diferencia de las acciones, destinadas a la modificación del mundo “exterior” (Freud, 1915e, pág. 175, nota 6). Siguiendo ideas de Freud (1911b) Luis Chiozza (1976c [1974]) subraya la relación complementaria entre el afecto y la acción según la cual el afecto surge como remanente de la acción cuando esta no logra la completa eficacia; es decir, hacer cesar la excitación en la fuente.

A partir de esta complementariedad Freud sostiene que los afectos, que en un principio son puro proceso de descarga, adquieren en la asistencia ajena la función secundaria, en extremo importante, de la comunicación (1950a [1895], pág. 362-3).

Boari (1999, pág. 79) sostiene que *«si el afecto cumple la importante función de comunicación, puede pensarse que en la vida adulta el primer destinatario del mensaje de los afectos es el propio yo, ya que ahora es el yo, y no el objeto auxiliar externo, quien, en primera instancia, debe ejecutar la acción eficaz. (...) deberíamos pensar que todo afecto (...) significaría una señal, una comunicación, un mensaje para el yo. (...) sería un reclamo, un estímulo, una incitación para el yo a fin de que emprenda una acción que aún no ha comenzado, o para que mejore su rendimiento, si la acción ya está en trámite pero su resultado es todavía insuficiente»*.

En este trabajo me propongo, a partir de estas ideas, continuar profundizando en la relación entre el afecto y la acción. Siguiendo el ejemplo que utiliza Freud para esclarecer la asistencia ajena, solemos imaginarnos a un bebé incapaz de llevar a cabo la acción específica en quien, el deseo insatisfecho, se descarga a través de las inervaciones vegetativas. En otras palabras, la excitación lo afecta, y el bebé llora. Dado que en las primeras conceptualizaciones freudianas el aspecto cualitativo del afecto no aparece suficientemente enfatizado, tendemos a imaginarnos esta alteración, en el bebé, como pura cantidad; llámese molestia o displacer. Aparentemente el niño reacciona haciendo lo único que sabe hacer: llorar.

Sin embargo esta idea de la “pura cantidad” no resiste un segundo análisis. Todos sabemos que una madre empáticamente conectada con su hijo sabe diferenciar, por

---

<sup>1</sup> Las ideas que componen el núcleo central de este apartado fueron expuestas en el Encuentro “Cuerpo, afecto y lenguaje” llevado a cabo en el Hotel Sheraton de Buenos Aires en Julio de 1999 y presentadas en enero de 2000 en el Simposio 2000 de la Fundación Luis Chiozza.

ejemplo, entre un llanto de hambre y uno de sueño, entre el temor de una pesadilla y la molestia del pañal mojado. Por lo tanto – no podía ser de otro modo — es **necesario suponer una relación específica entre el afecto y la acción eficaz**. El miedo es distinto a la envidia; surge en situaciones distintas y exige, para su cancelación, acciones también distintas.

Dando un paso más, si pensamos que hay una relación específica entre la acción eficaz y el afecto que se constituye en señal de la eficacia de la acción, no podemos suponer, luego, que esa relación sea, aunque específica, convencional y arbitraria. Parece más adecuado suponer que **si un determinado afecto cumple la función de señalar la eficacia de una particular acción es porque, en sí mismo, posee una particular información acerca de aquella acción**.

Así podemos preguntarnos, ¿Por qué el afecto señal que da cuenta de la eficacia en la acción de afirmar, por ejemplo, una pertenencia consiste justamente en un aumento fisiológico de la función de los linfocitos T4 (Chiozza y colab., 1997b [1995])? O también, ¿Por qué cuando fracaso en la acción eficaz de apropiarme de determinados bienes el afecto que surge de tal fracaso consiste en una disminución de la función insulínica (Chiozza y Obstfeld, 1991a [1990])? ¿Qué relación específica existe entre el hambre y el acto de comer como para que la primera sea, al mismo tiempo, resultado y señal del segundo? La misma cuestión, enfocada desde otro ángulo, nos llevaría a una pregunta más general: ¿Por qué para evaluar una acción que persigue un cambio en el mundo se utiliza como señal una “acción” que produce una modificación en el propio cuerpo?

Para intentar responder a estas preguntas podemos recurrir a una de las más profundas afirmaciones que ha hecho Freud sobre los afectos. Sostiene que los afectos son como ataques histéricos universales y congénitos. Siguiendo los desarrollos de Darwin, afirma que los afectos son acciones que, en un pasado remoto eran acorde a fines y que, del mismo modo que sucede con el ataque histérico, se repiten hoy privadas de su sentido original (Breuer y Freud, 1985d; Freud, 1916-17 [1915-17]). Existiría una suerte de confusión de contextos en virtud de la cual la situación actual es confundida con una situación pretérita en donde, lo que hoy es un afecto, era entonces una acción justificada.

A partir de estas ideas, solemos concebir al afecto como una preparación, hoy inadecuada (pero adecuada en el pasado filogenético) para la ejecución de una determinada acción. Así por ejemplo, pensamos que frente a una discusión intelectual, los cambios afectivos que surgen son los que estarían preparando al sujeto para una lucha corporal. Esta acción, hoy inadecuada, se justifica si pensamos que en el pasado remoto las discusiones se tramitaban mediante la lucha.

No me parece que esta sea la única manera de representarnos el concepto en toda su profundidad; ni tampoco la mejor. Si pensamos, por ejemplo, en la acción de afirmar la propiedad sobre un bien, este sentido de “preparación” no se ve tan claro. Aun en el pasado filogenético de poca utilidad podría resultar el aumento de la función insulínica cuando la preparación más eficaz hubiera sido, más bien, ostentar uñas y dientes.

Encuentro, en cambio, más fecunda otra manera de representarnos el concepto. Si pensamos que lo que hoy es, por ejemplo, un automatismo o también un reflejo, fue en un pasado una acción conciente y voluntaria que se necesitó aprender<sup>2</sup>, del mismo modo podemos pensar, si nos remontamos aún más lejos en el tiempo, que las

---

<sup>2</sup> Como sostiene Schrödinger, inconciente es lo que ya se sabe y conciente es lo que se ignora y se está aprendiendo (1958 citado por Chiozza, 1995u).

acciones que hoy son vegetativas fueron también alguna vez concientes. No en la prehistoria del individuo pero sí, en la de su especie. Por ejemplo cuando la musculatura lisa era una idea nueva; de avanzada.

Así, por ejemplo, podemos suponer que en algún momento<sup>3</sup>, la secreción de insulina fue una acción conciente destinada al apropiamiento de la glucosa, del mismo modo que suponemos conciente y voluntaria la expulsión de los jugos digestivos en la digestión externa de la araña.

Siguiendo estas últimas consideraciones podemos suponer que **las acciones más recientes, aquellas que son concientes y voluntarias, se ejecutan a partir de modelos heredados de antiguas acciones; estos modelos, que son los arquetipos de las acciones voluntarias son justamente las acciones vegetativas; es decir, los afectos.**

Veámoslo en un ejemplo, tomando como modelo el ataque envidioso. Una señora está en un restaurant con su marido y entra otra mujer, más joven y bonita. La señora de nuestro ejemplo, menos celosa que envidiosa, hace comentarios destructivos acerca de la otra mujer. Estos comentarios, típicamente envidiosos, censuran la tintura de cabello, la cirugía estética de nariz, las siliconas y el vestido demasiado llamativo.

Sabemos que esa crítica nace como intento de tramitar el estado afectivo, que surge frente a la vivencia de sentirse incapaz de materializar un ideal vivido como imposible (Chiozza, 1963a) (y proyectado, en este caso, en la mujer bonita). Imposibilitada la acción específica, surge el afecto y con él, los comentarios.

Bien mirado, el ataque envidioso que hace la señora no es otra cosa que un intento de fraccionar ese ideal a los fines de hacer posible la identificación. Sus comentarios se asemejan, como pensamientos<sup>4</sup>, a un "manual de instrucciones" para convertirse en el ideal. En palabras de la señora: *"si me tiño el cabello, me opero la nariz, me coloco siliconas y me compro el vestido... también yo podría verme como ella"*.

Vemos entonces que **como acción** (criticar), el envidiar, está basado en el arquetipo filogenético de la acción de la bilis sobre los alimentos (Chiozza, 1963a). **Como afecto**, el envidiar es una descarga motriz vegetativa que, siguiendo la figura de su clave de inervación, encuentra en el aumento de la secreción biliar su componente más representativo.

**Como ataque histérico**, la envidia es el aumento de secreción biliar que deja al sujeto sumido en la amargura y la impotencia. Al mismo tiempo, **como señal**, ese aumento de la secreción biliar, **como arquetipo simbólico de la acción eficaz**, estimula, orienta y refleja las acciones tendientes a la identificación con el modelo; el envidiar como deseo honesto (Chiozza, 1963b)<sup>5</sup>.

---

<sup>3</sup> Y seguramente, todavía lo sea en algún nivel de conciencia que se mantiene inconciente para el yo del sujeto.

<sup>4</sup> Es decir, acciones a pequeña cantidad que "preparan" las acciones plenas, en el mundo.

<sup>5</sup> «La envidia sería así no sólo "un odio hacia todo lo bueno, aunque sea gratificador", como afirma Klein (1952b), o un destruir afuera la presencia estimulante de un objeto que provoca el re-sentimiento de la carencia, porque no se puede incorporar, como diría Racker (1948), sino también un "deseo honesto", como, en parte, la define el diccionario (Real Academia Española, 1950), un intento de "digerir" ("biliarmente"), afuera, algo que se teme incorporar, privando así al objeto de peligrosidad, de lo asqueroso, para luego incorporarlo (como "digieren" afuera, por ejemplo, algunos reptiles o arácnidos "venenosos, etcétera).» (Chiozza, 1963b, pág. 26)

En otras palabras, la señora tiene el deseo de parecerse a la mujer bonita, pero ¿cómo lograrlo? La materialización de la identificación con el modelo ideal es inconcientemente parangonada con una situación conocida: el modelo de la digestión de los alimentos. Siguiendo el arquetipo de la digestión biliar, **estimulada y guiada** por estos procesos, la señora siente envidia (afecto) y, entonces, envidia (acción).

La insatisfacción que no puede tramitarse eficazmente en el mundo se descarga sobre el yo como afecto envidia dejándola amargada. Ese “sabor amargo” genera, como primera acción, los comentarios envidiosos que, bien mirados, **ya son** un mapa para recorrer el camino hasta la materialización del ideal (a través del peluquero, el cirujano y la modista, para seguir con la frivolidad del ejemplo esquemático).

Por lo tanto esa amargura, inversamente proporcional a la eficacia de la acción, no sólo es una señal para el yo de la eficacia con que está envidiando; sino sobretodo **un símbolo de las acciones específicas que deberá emprender el yo para alcanzar la eficacia necesaria**<sup>6</sup>.

En tanto la identificación con la mujer bonita **no es** un proceso digestivo; el afecto envidia es entonces un **síntoma**, una confusión de contextos, un ataque histérico (aunque universal). En tanto el proceso digestivo funciona como un modelo adecuado para tramitar la identificación, **el afecto envidia es un símbolo**; una señal, adecuada y eficaz, que orienta, como un mapa, las acciones tendientes a la materialización de la identificación.

La diferencia, entonces, entre el afecto como “ataque histérico” y el afecto como señal, no es otra que aquella, sutil pero trascendente, que describe Chiozza (1978c [1977-78]) entre el signo y el símbolo. Como signo que indica una presencia, el afecto, aunque adquiera luego la función secundaria de la comunicación<sup>7</sup>, es injustificado dado que “confunde”, por ejemplo, una discusión intelectual con una lucha física. Sin embargo, **como símbolo representante de una ausencia, el afecto es, primariamente, la información que necesita el yo para llevar a cabo la acción**<sup>8</sup>.

Por lo tanto un mismo afecto podrá ser un símbolo adecuado de la acción eficaz, en un determinado contexto, pero puede resultar insuficiente en otro, donde, al no poder orientar **eficazmente** a la acción, las acciones ineficaces incrementarán los niveles de excitación. Vemos entonces que **en ambos casos el afecto es una señal para la**

---

<sup>6</sup> Pensar que el afecto tiene primariamente la función de señal auxiliadora, nos invita a preguntarnos, quién envía esta señal. Si pudiéramos imaginarnos un supuesto diálogo entre el yo actual de la señora de nuestro ejemplo con el yo prehistórico en el cual la secreción biliar era, todavía, una acción conciente y voluntaria, este último (como si fuera un yo-hígado o, por qué no, un yo-araña) le diría al yo actual: *“Comprendo como te sientes frente a la visión de esa mujer cuya belleza y juventud te parecen ahora inalcanzables; así me siento yo frente al codiciado manjar que entero no cabe en mi boca. Sigue mi consejo: destila primero la agresión de tu veneno hasta que no queden más que pequeños trozos inofensivos y recién allí podrás, uno a uno, incorporarlos. ¡Que el sabor amargo que pongo en tu boca, envenenando tus intenciones, te recuerde mi consejo!”*. (Un yo-hígado bastante retórico, por cierto!)

<sup>7</sup> Siguiendo la misma tesis que propongo, la asistencia ajena es eficaz en la medida en que el objeto auxiliador es capaz de reconocer en el afecto la acción eficaz que este simboliza.

<sup>8</sup> Como sostiene Chiozza (1986c pág. 78), al tratar el ejemplo del sombrero y el cowboy, cuando juzgamos que se trata de un signo, que indica una presencia, damos paso a la acción plena en el mundo; cuando pensamos que es un símbolo que indica que el objeto está ausente, mantenemos la acción a pequeña cantidad en el ámbito del pensamiento. Por lo tanto la diferencia no radica, primariamente, en una cuestión de cantidad, plena o pequeña, sino en el juicio que decide si se trata de un signo o un símbolo.

**acción**; sólo que en un caso es una señal adecuada que orienta eficazmente el accionar hacia el cese de la excitación en la fuente, mientras que en el otro señala, erróneamente, el camino de acciones inútiles que no resuelven la situación<sup>9</sup>.

Nuestra tarea como psicoterapeutas no consiste en lograr que el paciente “sienta menos”, sino que “sienta mejor”; para esto intentamos deshacer significaciones que juzgamos precarias (por ejemplo, por “exceso de transferencia”) en la búsqueda de mejores modelos. Esta tarea de resignificar las historias persigue una misma meta que podemos enunciar de dos modos: una mayor eficacia en las acciones en el mundo, o bien, una mayor riqueza (*Eros* o complejidad) de la vida afectiva.

Cuando un sujeto se halla torturado por los celos frente al nacimiento de su hijo, pensamos que ha hecho una simple proyección de una versión demasiado esquemática y pobre de su complejo de Edipo; pensamos que esta significación le impide desplegar toda la potencial riqueza afectiva de semejante evento. Por lo tanto nuestro objetivo no consiste tanto en que “sienta menos” los celos, como en que sienta también otras cosas<sup>10</sup>.

Al recurrir a la postulación de un arquetipo (vegetativo) para la realización de las acciones (voluntarias) hemos utilizado una pauta conocida por el psicoanálisis; la idea de que todo lo nuevo es reconocido a partir de lo anterior. Es la misma idea que expresamos cuando decimos que para percibir es necesario recordar; es el mismo modelo que subyace a la idea de transferencia.

En la medida en que predomine el signo, la identidad de percepción o la ecuación simbólica, el recuerdo será una alucinación y la transferencia un síntoma; en esas situaciones, el afecto será un ataque histérico, un síntoma, una repetición inadecuada que entorpece el accionar eficaz.

En la medida en que predomine el símbolo, la identidad de pensamiento, la analogía, el “como sí”, el afecto será el símbolo específico que se utilizará como señal para guiar la acción eficaz. Desde este punto de vista, podemos concluir diciendo que **el afecto es a la acción lo que el recuerdo es a la percepción.**

---

<sup>9</sup> Ya no se trata entonces de sostener que “es mejor pensar con la cabeza fría” en el sentido de creer que pensamiento y emoción son como el agua y el aceite; más cerca estaríamos de afirmar lo contrario: los afectos (cuando son adecuados) orientan el pensamiento, son su meta, dado que el pensamiento, nacido de la frustración, busca encaminar las acciones al logro de la satisfacción. Esto parece coincidir con la tendencia actual de las “neurociencias” de revalorizar el papel de los afectos llegando a considerar la existencia de una “inteligencia emocional” (Damasio, A., 1994, pág. 11) que en otras épocas hubiera parecido una contradicción en sus términos.

<sup>10</sup> Esclareciendo, por ejemplo, malentendidos tales como el del falso privilegio del padre en el complejo de Edipo (Chiozza, 1977b), trataremos de resignificar el acontecimiento desplegando sentimientos latentes como el amor, la paternidad o la trascendencia.

## SEGUNDA PARTE:

### EL AFECTO Y EL DESEO COMO DOS ASPECTOS DE LA SENSACIÓN<sup>11</sup>

Según la metapsicología freudiana, llamamos deseo a la recarga de una huella mnémica de una pasada experiencia de satisfacción<sup>12</sup>. Cuando esto sucede, el deseo pone en marcha acciones de búsqueda<sup>13</sup> tendientes a reconocer, en la realidad, el objeto de la satisfacción a partir de la imagen (recuerdo) del objeto “archivado” en la huella mnémica. Cuando se cree encontrar una suficiente concordancia (que llamamos identidad de pensamiento) entre el objeto percibido (presente) y el objeto recordado (ausente) se pone en marcha la acción específica, acorde a la fuente pulsional (zona erógena corporal) que da origen al deseo. Si la concordancia entre el objeto percibido y el recordado es adecuada, y la acción se ejecuta de manera acertada, decimos que el deseo se satisface, dado que la acción específica ha sido también una acción eficaz.

Si la acción específica no alcanza a ser plenamente eficaz, el remanente del deseo que no se satisface a través de la acción en el mundo (sobre el objeto), se descarga en el cuerpo propio. Dado que esto nos afecta, llamamos afecto a esta descarga remanente; así, el afecto, considerado cuantitativamente, será directamente proporcional al grado de frustración e inversamente proporcional a la satisfacción<sup>14</sup> alcanzada.

Sin embargo, aun en los casos en que la acción específica es también eficaz, suponemos que la satisfacción nunca es completa dada la diferencia existente entre el objeto del deseo (recordado) y el objeto de la satisfacción (percibido). En estos casos, como sostiene Chiozza (1995g [1983] y Chiozza y col. 1993g [1992]), el remanente afectivo se integra a la acción como aquello que aporta el sentido de la misma<sup>15</sup>.

---

<sup>11</sup> El texto del presente apartado está tomado del el trabajo “El deseo y el afecto. Dos aspectos de la sensación” (Chiozza, G. 2003b), presentado en enero de 2003 en el Simposio 2003 de la Fundación Luis Chiozza.

<sup>12</sup> Lo que llamamos temor (concepto emparentado metapsicológicamente con el de deseo) se define, en cambio, como la recarga de una huella de una experiencia dolorosa.

<sup>13</sup> Como sostiene Freud (1915e, pág. 178), definir en términos metapsicológicos es definir en términos tópicos, dinámicos y económicos; esto supone concebir los procesos anímicos como si fueran “cargas energéticas” que se desplazan siguiendo procesos concebidos “mecánicamente”. Si bien, como sostuve en otra oportunidad (Chiozza, G., 1998c), esto ayuda a una mayor claridad en la exposición (en términos de proceso secundario), implica también, inevitablemente, un cierto grado de inexactitud en las exposiciones. Así, cuando decimos que el deseo “surge” de la recarga de la huella mnémica, descomponemos un proceso anímico unitario en una serie de partes o procesos que se ordenan en una secuencia temporal lineal (primero esta la energía, luego la recarga y por fin la aparición del deseo). Lo mismo sucede con la sentencia “el deseo pone en marcha acciones de búsqueda”; ¿“pone en marcha” o “consiste en”? A los fines de una mejor comprensión de los desarrollos que siguen en el presente trabajo me parece oportuno subrayar esta cuota de inexactitud inevitable de las exposiciones metapsicológicas.

<sup>14</sup> Dado que lo que llamamos “satisfacción alcanzada” es también una sensación actual (un proceso de descarga en el cuerpo propio) cabe plantearse un interrogante sobre el cual no puedo ocuparme en esta oportunidad. ¿La satisfacción (sensación conciente de placer) no es también un afecto? Tal vez resulte más esclarecedor considerar que lo que llamamos satisfacción se integra al estado afectivo aportando una cualidad placentera. Así, podríamos pensar que el resultado de toda acción (que se lleva a cabo concientemente –ver nota siguiente–) es siempre un estado afectivo; si la acción es exitosa el afecto será placentero, si es fallida el afecto será displacentero (con toda la gama de términos medios). De esta manera podríamos evitar el aspecto cuantitativo (que surge de considerar al afecto como un remanente) que dificulta la comprensión de afectos placenteros intensos unidos a acciones que el yo registra como eficaces (satisfactorias) donde la gran eficacia supone un pequeño remanente mientras que la intensidad del afecto supone, contrariamente, un remanente considerable; es decir una acción poco eficaz.

<sup>15</sup> Tal vez podamos considerar la existencia de acciones plenamente eficaces que no generan un remanente afectivo, sobretudo si pensamos en acciones que se llevan a cabo sin la participación de la conciencia

Vemos entonces que, para la metapsicología, el deseo que pone en marcha a la acción y el afecto que, marcando la importancia, le da sentido, quedan ubicados en extremos opuestos de una serie lineal; el deseo en el origen, el afecto en el desenlace final. Pero ¿qué sucedería si intentáramos revertir la perspectiva de esta serie lineal transformándola en una circular? Al fin y al cabo, en este viaje por el mundo (acción), hemos salido del cuerpo (zona erógena) con el deseo para retornar a él con el afecto (descarga vegetativa).

¿Qué pasa si intentamos poner el final al principio o preguntarnos por el principio del principio? Si así hiciéramos, podríamos afirmar que la “energía de investidura” surgida de la zona erógena que, invistiendo la huella mnémica, “enciende” el deseo, no puede ser otra cosa que un estado de frustración (libido insatisfecha).

¿De dónde surge esta frustración? Debemos suponer que nace de la ineficacia (total o parcial) de una acción anterior; es decir que la frustración, como deseo insatisfecho<sup>16</sup>, es el remanente del deseo que no se satisface en la acción específica. Si a esto le sumamos que la frustración se experimenta corporalmente como algo que afecta (en proporción directa a la ineficacia de la acción), todo parece indicar que la frustración –que “provinendo” de un deseo insatisfecho “da origen” al deseo– no es otra cosa que el afecto. Cabe entonces replantearse la anterior afirmación metapsicológica: ¿El afecto es directamente proporcional al grado de frustración o el afecto es esa frustración?

Veamos un ejemplo simple. Si las ganas de comer (deseo) no se satisfacen plenamente (frustración) nos quedamos con hambre (afecto); hambre que ya suponemos presente en el origen de las ganas de comer. Pero demos un paso más: ¿el hambre *origina* las ganas de comer o el hambre es las ganas de comer? ¿El deseo “nace” de la frustración (afecto), o deseo y afecto son dos maneras de referirse a la misma cosa? ¿En qué se diferencian el hambre y las ganas de comer?

Parece desprenderse de lo que venimos desarrollando que deseo y afecto, como las dos caras de una moneda, son dos maneras distintas de referirse a un mismo estado; dos puntos de vista distintos para considerar un proceso de descarga<sup>17</sup> que llega a la conciencia como sensación actual.

---

(como por ejemplo la regulación de la tensión arterial o la frecuencia cardíaca). Si, como sostiene Schrödinger, inconciente es lo que ya se sabe y conciente es lo que se ignora y se está aprendiendo (1958 citado por Chiozza, 1995u), tal vez estas acciones, plenamente eficaces desde el punto de vista de la conciencia, pasan absolutamente desapercibidas (ni se registran como actos plenos de sentido ni se registran como estados de satisfacción). A partir de allí podemos imaginar una serie cualitativa en la que el afecto crece cuanto mayor es la participación de la conciencia en la acción que se ejecuta.

<sup>16</sup> A los fines de enfatizar la vinculación entre frustración y deseo empleo la designación “deseo insatisfecho”; sin embargo nótese que hablar de deseo insatisfecho es algo redundante dado que, si la satisfacción “apaga” el deseo, todo deseo será, en la actualidad (y mientras dure), un deseo insatisfecho. A esto me refería en la nota 2 cuando decía que las descripciones metapsicológicas descomponen, artificialmente, procesos unitarios; por ejemplo cuando digo “la frustración proviene de un deseo insatisfecho y da origen al deseo” parece que estuviera hablando de tres cosas cuando en realidad se trata de una sola.

<sup>17</sup> Podría parecer contradictorio decir ahora que el deseo es un proceso de descarga cuando iniciamos este trabajo definiéndolo como la re-carga de la huella mnémica. Sin embargo esta contradicción es sólo aparente; ambas afirmaciones son correctas, pero parten de distintos puntos de vista. La recarga de la huella es algo que sucede en lo inconciente (lugar donde suponemos que la huella mnémica se encuentra); las representaciones investidas (a través de derivados) llegan a la conciencia “unidas” a las sensaciones de la serie placer-displacer. Por lo tanto, desde el punto de vista de la conciencia, lo inconciente “descarga” su investidura en ella, afectándola (sensaciones de la serie placer-displacer), y ella intentará hacer lo propio descargando la investidura en el mundo. Por esto, cuando nos sentimos afectados por un deseo que no elegimos, concebimos este deseo como algo ajeno, externo; un deseo del ello que se descarga sobre nuestro yo.

Si ponemos el énfasis en el sujeto, la sensación actual será un afecto en tanto es algo que afecta al yo; el hambre es algo que “me” sucede. Si, en cambio, ponemos el énfasis en el objeto que pone fin al estado de carencia, la sensación será un deseo. Las *ganas de comer*, a diferencia del *hambre*, parecen enfatizar el verbo (la acción que se realizará en el mundo) y con él, al objeto (la comida).

De existir una diferencia entre el afecto y el deseo esta parece ser de un orden menor. Así podemos suponer que tendemos a interpretar a la sensación actual como deseo cuando nos sentimos más capaces (potentes) de ejecutar en el mundo (sobre el objeto) la acción eficaz; en cambio tendemos a interpretarla como afecto, cuando superados por el displacer (impotentes), buscamos socorro en la asistencia ajena.

De la misma manera que Chiozza (1981c, pág. 107), al referirse a las dos formas del deseo, sostiene que “*la nostalgia es el deseo de un débil y el anhelo el de un fuerte*”, podríamos decir que el deseo es la sensación actual de un “fuerte” mientras que el afecto es la sensación actual de un “débil”.

Decir “tengo ganas de verte” es casi lo mismo que decir “te extraño”, sólo que la primera sentencia, en forma de deseo, enfatiza lo que quiero hacer contigo; es decir, va del sujeto al objeto. La segunda, en forma de afecto, enfatiza lo que me pasa, esperando que tú hagas algo conmigo; es decir, va del objeto (asistencia ajena) al sujeto. También podemos concebir una serie: “tengo ganas de ir al cine” implica un deseo (anhelo) bien definido donde la acción y el objeto están claramente identificados. “Tengo ganas de hacer algo divertido” constituiría un grado menor en la elaboración del deseo (¿nostalgia?); antes de poder “hacer” es necesario primero saber “qué”. “Me aburro” es ya una comunicación afectiva; sería un grado de incapacidad mayor, por lo tanto el deseo de “hacer algo divertido”, aparece expresado como afecto a la espera de que el interlocutor encuentre una solución que me satisfaga.

En síntesis, cuando hablamos de deseo enfatizamos a la acción específica (acto motor voluntario) y con ella al objeto; cuando hablamos de afecto enfatizamos al sujeto y con él lo que le sucede en términos de sensaciones (acto motor vegetativo). Pero insistamos: se trata de una diferencia menor ya que en ambos casos (deseo y afecto) están implícitas acciones voluntarias y acciones vegetativas<sup>18</sup>.

Siempre en términos de matices (no de diferencias fundamentales) también podemos decir que el afecto que, como frustración actual nace de la ineficacia de una acción *anterior*, parecería estar más volcado hacia el pasado<sup>19</sup>. En cambio el deseo que,

---

<sup>18</sup> En otras oportunidades (Chiozza, G. 1996d [1994-1995] y 2000a –trabajo que figura en el apartado anterior-- ) me he ocupado de la interesante relación entre el afecto y la acción afirmando que los conceptos de motor vegetativo (y secretorio) y motor voluntario parecen ser dos extremos de una serie compleja donde reflejos y automatismos se insertan como formas intermedias. Por lo tanto creo que es un poco exagerado afirmar que las sensaciones son sólo o siempre vegetativas; y lo que vale para la sensación tiene que valer también para el afecto ya que este es siempre una sensación. No obstante esto, a los fines de emparentar los conceptos de deseo y afecto, enfatizar el aspecto vegetativo de la sensación (que clásicamente remite al concepto de afecto) facilita la argumentación sin incurrir –a mi entender– en groseras inexactitudes. Si es cierto que una cierta sensación referida a la musculatura estriada de las piernas (es decir, no vegetativa) puede ser interpretada como el deseo de moverse o de correr, también es cierto, entonces, que esa sensación (no vegetativa) puede ser igualmente interpretada como un afecto, por ejemplo, el sentirse “entumecido”. Creo que los desarrollos de Chiozza (1998#) sobre la sensación actual y el examen de actualidad (aspectos poco explorados por Freud) son el mejor punto de partida para repensar la idea según la cual el concepto de afecto queda restringido sólo a los actos motores vegetativos

<sup>19</sup> Algo similar a lo que sucede con la nostalgia, aunque esta se trata de un deseo y por lo tanto está dirigida, primariamente, al futuro. Podríamos decir que la nostalgia es el deseo de volver (en un futuro) a un tiempo pasado.



volcado hacia la acción, busca un objeto con la *esperanza* de la satisfacción futura, tendría un sentido más prospectivo<sup>20</sup>.

Como dijimos, tanto el concepto de deseo como el de afecto aluden a procesos de descarga que se registran en la conciencia como sensaciones actuales. Estas sensaciones actuales (cambios o acciones, si se quiere vegetativas) surgen al no poder llevarse a cabo la acción plenamente eficaz y acompañan a toda acción conciente. En otras palabras, al no poder descargarse a través de la motricidad voluntaria (acción eficaz) el total de la investidura en el mundo (sobre el objeto), el remanente se descarga, involuntariamente, sobre el cuerpo propio en forma de acciones “vegetativas” que la conciencia registra como sensaciones actuales.

Así podemos decir que llamamos afecto al estado corporal (sensaciones) que conocemos como deseo insatisfecho<sup>21</sup>, mientras que llamamos deseo a la voluntad de acción que acompaña, buscando remediar, a todo estado afectivo de insatisfacción<sup>22</sup>.

Los conceptos de deseo y afecto abarcan la parte más importante de nuestra vida anímica (sino su misma esencia); como se desprende de la teoría freudiana, el deseo, a partir del displacer (frustración), es lo que pone en marcha las demás operaciones anímicas (recuerdos, percepciones, juicios, pensamientos, etc.); el afecto (ese mismo estado de displacer), como sostiene Chiozza, es lo que las dota de sentido (las explica).

Al hablar de sentido, solemos enfatizar el papel que en él desempeñan los afectos, sin embargo, en sus recientes teorizaciones acerca de la conciencia Chiozza (1998#) afirma que el sentido (del mismo modo que el afecto) se registra primariamente en la conciencia a partir de la sensación. Si pensamos que afecto y deseo son dos modos de interpretar una sensación actual, no sólo los afectos sino también los deseos aportarán al sentido su componente propio.

---

<sup>20</sup> Esta idea parece encontrar múltiples apoyos, dado que Chiozza (1976h) sostiene que es el deseo (también el temor) lo que genera la representación del futuro así como el recuerdo genera la representación del pasado. Concluíamos el apartado anterior diciendo que el afecto es a la acción como el recuerdo es a la percepción. La idea del afecto referida al pasado también encuentra apoyo en las ideas de “monumento conmemorativo” y “ataque histérico universal heredado” que la teoría freudiana aplica al afecto. No obstante, como afecto y deseo son dos aspectos de una misma sensación actual, podemos ver aspectos más “prospectivos” en el afecto (por ejemplo, en su sentido de señal o de símbolo de la acción eficaz (Chiozza, G., 2000a)) y aspectos más “retrospectivos” en el deseo como en el caso de la nostalgia (Chiozza, 1981c).

<sup>21</sup> La insatisfacción, como término genérico, parece carecer de los matices que dotan al afecto de su cualidad específica, por lo tanto nos resulta difícil coincidir en que el afecto sea sólo insatisfacción. Sin embargo, si pensamos que la insatisfacción nace del fracaso de la acción específica de un deseo particular, vemos que toda insatisfacción se acompaña también de matices tan específicos como los que reconocemos en el afecto.

<sup>22</sup> Esta concepción que emparenta al deseo y al afecto constituye un nuevo apoyo a la tesis planteada en el apartado anterior de que los cambios vegetativos que llamamos afecto constituyen un símbolo (o mapa) de la acción eficaz que el yo debe llevar a cabo para satisfacer el deseo.

Cuando, de acuerdo con Freud (1915c), decimos que de los fines de la pulsión puede deducirse su fuente, estamos afirmando que el deseo contiene, en las sensaciones actuales que lo constituyen, un “mapa” de la acción específica que debe ejecutarse para su satisfacción. Como dijimos, el deseo enfatiza al verbo: “ganas de: *comer*”.

Si afecto y deseo son dos modos distintos de referirse a la sensación actual, entonces también podemos encontrar en las sensaciones actuales del afecto (que son las mismas que las del deseo) ese “mapa” que simboliza a la acción eficaz. El hambre, en la que el sujeto “se come a sí mismo”, será símbolo de una acción similar dirigida al mundo: comer comida (acción eficaz).

Si el sentido (aquello que define la cualidad de lo psíquico) es, como sostiene Chiozza (1976c [1974]), a un mismo tiempo (1) el significado, (2) lo que siento y (3) la dirección en la que me encamino, podemos pensar que estos distintos matices del sentido surgen de distintos modos de interpretar la sensación actual. Lo que siento (la sensación) es lo que me importa (el afecto) –la significancia del significado (Chiozza y col. 1993g [1992])–; lo que quiero (deseo) es lo que da sentido al obrar; es decir, es la dirección (meta) en que me encamino. En otras palabras, el sentido como importancia nace de la sensación interpretada como afecto; el sentido como finalidad nace de la sensación interpretada como deseo<sup>23</sup>.

---

<sup>23</sup> También en la idea de Weizsaecker (1956, citado por Busch, D., 1999) de la dimensión pática de la existencia se reúnen ambos matices. El *pathos* (en tanto padecer, pentagrama pático) está dado por el afecto mientras que la idea de “ser siendo” está dada por del deseo de ser lo que aún no se es.

## BIBLIOGRAFÍA

- BOARI, Domingo (1999), "Sobre el sentido de los afectos", Simposio 1999 de la Fundación Luis Chiozza, Buenos Aires, Enero de 1999.
- BREUER, J. y FREUD, S. (1985d)  
*Estudios sobre histeria*, en Freud *Obras Completas*, Amorrortu editores (AE), Buenos Aires, 1976, Tomo II.
- BUSCH, Dorrit, (1999), "Algunas reflexiones acerca de la categoría del 'tener permiso' planteada por Víctor von Weizsäcker", en Simposio 1999, Fundación LUIS CHIOZZA, Buenos Aires, 1999.
- DAMASIO, Antonio (1994)  
*El error de Descartes. La razón de las emociones*, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1999.
- CHIOZZA, Gustavo (1996d [1994-1995]), "Sobre la relación entre la histeria de conversión y la enfermedad somática", en *Cuerpo, afecto y lenguaje* (Segunda Edición), Luis Chiozza, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1998, pág. 387-481.
- CHIOZZA, Gustavo (1998c), "Consideraciones sobre una 'metapsicología' en la obra de Chiozza", en *Simposio 1998*; en *Psicoanálisis de los trastornos hepáticos*, (Tercera Edición), Luis Chiozza, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1998.
- CHIOZZA, Gustavo (2000a), "El afecto como símbolo de la acción", en *Simposio 2000* del Instituto de Docencia e Investigación de la Fundación Luis Chiozza, Buenos Aires, enero de 2000.
- CHIOZZA, Luis (1963a)  
*Psicoanálisis de los trastornos hepáticos*, (Comunicación preliminar), Luis Chiozza, Artes Gráficas Luro, Buenos Aires, 1963.
- CHIOZZA, Luis (1963b)  
*Cuando la envidia es esperanza (Historia de un tratamiento psicoanalítico)* (Segunda Edición), Alianza Editorial, Buenos Aires, 1998.
- CHIOZZA, Luis (1976c [1974]), "La transformación del afecto en lenguaje", en *Cuerpo, afecto y lenguaje*, Luis Chiozza, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1976, pág. 117-123; *Cuerpo, afecto y lenguaje* (Segunda Edición), Luis Chiozza, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1977, pág. 117-123; *Trama y figura del enfermar y del psicoanalizar*, Luis Chiozza, Biblioteca del CWCM, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1980, pág. 217-226; *Del afecto a la aficción*, Luis Chiozza, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1997, pág. 27-30.
- CHIOZZA, Luis (1976h), "Prólogo y epílogo" a la primera edición (de *Cuerpo, afecto y lenguaje*), en *Cuerpo, afecto y lenguaje*, Luis Chiozza, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1976, pág. 7-14; *Cuerpo, afecto y lenguaje* (Segunda Edición), Luis Chiozza, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1977, pág. 7-14; *Trama y figura del enfermar y del psicoanalizar*, Luis Chiozza, Biblioteca del CWCM, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1980, pág. 19-29.
- CHIOZZA, Luis (1977b)  
"El falso privilegio del padre en el complejo de Edipo", en *Ideas para una concepción psicoanalítica del cáncer*, Luis Chiozza, B. Alperovich, C. Bahamonde, O. Baldino, J. Canteros, L. Carotenutto, N. Chavarino, S. Erbin, R. Fernández, M. Fonzi, A. Fonzi, S. Furer, L. Grus, R. Grus, E. Herrera, G. Iribarne, H. Litvinoff, A. Mariona, S. Martín, E. Marzorati, E. Obstfeld, J. Pinto, F. Rodríguez, A. Rosmaryn, J. Santalla, R. Salzman, J. Scapusio, G. Wainer, Biblioteca del CWCM, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1978, pág. 83-90.
- CHIOZZA, Luis (1978c [1977-1978])  
"El problema de la simbolización en la enfermedad somática", en *Trama y figura del enfermar y del psicoanalizar*, Luis Chiozza, Biblioteca del CWCM, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1980, pág. 293-321.
- CHIOZZA, Luis (1981c), "Entre la nostalgia y el anhelo. Un ensayo acerca de la vinculación entre la noción de tiempo y la melancolía", en *Eidón*, año 8, N° 14, CIMP, Buenos Aires, 1981, pág. 5-16; *Psicoanálisis: presente y futuro*, Luis Chiozza, Ed. CIMP, Buenos Aires, 1983, pág. 115-126
- CHIOZZA, Luis (1995g [1983]), "Reflexiones sin consenso", en *Luis Chiozza CD, Obras completas de Luis Chiozza Edición CD ROM*, IN CONTEXT informática documental, Buenos Aires, 1995/1996.
- CHIOZZA, Luis (1986c)

"El malentendido", en *Opiniones sobre la Psicología*, Gregorio Klimovsky, Marcos Aguinis, Luis Chiozza, Joel Zac, Raúl Serroni-Copello. Ediciones ADIP, Buenos Aires, 1986.

CHIOZZA, Luis (1995u), "El psicoanálisis y los procesos cognitivos" en *Del afecto a la afección*, Luis Chiozza. Alianza Editorial, Buenos Aires, 1997, pág. 297- 335.

CHIOZZA, Luis (1998#), "Acerca de la relación entre sensación somática y afecto", en *Cuerpo, afecto y lenguaje* (Segunda Edición), Luis Chiozza, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1998, pág. 359-371.

CHIOZZA, L. y OBSTFELD, E. (1991a [1990])  
"Psicoanálisis del trastorno diabético", en *Los afectos ocultos en... Psoriasis, asma, trastornos respiratorios, várices, diabetes, trastornos óseos, cefaleas, accidentes cerebrovasculares*, Luis Chiozza, Sergio Aizenberg, Gladys Baldino, Oscar Baldino, Dorrit Busch, Eduardo Dayen, Mirta Funosas, Susana Grispon, Liliana Grus, Elsa Lanfri, Enrique Obstfeld, Roberto Salzman, Hilda Schupack, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1991, pág. 106-131.

CHIOZZA, L. ; Barbero, L. ; Casali, L. ; Salzman, R. (1993g [1992])  
"Una introducción al estudio de las claves de inervación de los afectos", en *Cuerpo, afecto y lenguaje* (Segunda Edición), Luis Chiozza, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1998

CHIOZZA, L. ; BOARI, D. ; CHIOZZA, G. ; CORNIGLIO, H. ; FUNOSAS, M. ; GRUS, R. ; PINTO, J. ; SALZMAN, R. (1997b [1995])  
"El significado inconciente específico del SIDA", en *Del afecto a la afección. Obesidad, SIDA, Hiper e Hipotiroidismo, Enfermedades Periodontales, Caries Dental*, Luis Chiozza, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1997, pág. 213-295.

FREUD, Sigmund (1911b)  
"Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico", en *Obras Completas*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976.

FREUD, Sigmund (1915e)  
"Lo inconciente", en *Obras Completas*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976.

FREUD, Sigmund (1916-1917 [1915-1917])  
*Conferencias de introducción al psicoanálisis*, en *Obras Completas*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976.

FREUD, Sigmund (1950a [1887-1902])  
"Proyecto de una psicología para neurólogos", en *Obras Completas*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976.